

MARGUERITE DURAS O EL DESEO

un texto teatral de

EVA HIBERNIA

La historia de mi vida no existe.

Marguerite Duras

[Claves de lectura: este no es un texto dramático convencional; la mujer que lo inspira, la escritora Marguerite Duras, rebasó la frontera de los géneros para crear seres, libros, que tuvieran, ante todo, energía vital. Las grandes acotaciones o narraciones que forman parte del texto pueden ser traducidas escénicamente de muy diversas formas. Es un texto para ser danzado, sentido, rozado. No está anclado a un tiempo ni a un espacio pues en él convergen los principales arquetipos de la literatura de Duras. La ficción y la biografía, entretejidas e indisolubles, crean, pues, su propio tiempo y espacio.]

Personajes:

Mujer mayor, la de los ojos achinados.

Mujer amante, la desnuda.

Hombre amante, el desnudo.

Mujer joven, la del vestido rojo.

Hombre elegante, el deseante.

Chiquilla, la china que no es china.

Madre, la loca.

Se ilumina suavemente una cortina de gasa.

Detrás de la cortina yacen, desnudos, los dos amantes.

Ella tiene una larga mata de cabello ondulado, oscuro, con reflejos cobrizos. Una seda negra cubre su rostro.

Toda su piel es blanca, con la palidez propia de los que aman.

La cabeza de él es griega, los ojos azules, rizos esculpidos, el pelo negro, rasgos de ensueño clásico.

La sábana que los cubre es satinada, muy elegante, arrancada a algún viejo cuadro mitológico donde un emperador chino sueña el vuelo de las grullas.

Los amantes yacen en el suelo, sobre un fino tatami.

La luz, contra la pared del mar, dibuja una puerta. No es, todavía, la terrible luz del día, ni la de la inteligencia. Es la luz de yodo que cura y señala la herida.

Entra una mujer mayor, una occidental que por amor a su infancia en Indochina ha conseguido que sus ojos se rasguen un poco. Lleva joyas en los dedos. Relumbran como pequeños escarabajos o estrellas. Despliega un gran abanico con el que comienza a abanicar la cortina de gasa, danzándola. Danza ella con su abanico alrededor de la cortina, moviendo el velo que separa a los amantes del mundo. La cortina color de lluvia, color de humo de un verano que se va. Danza y mueve, agita graciosamente. En silencio. Un silencio delicadamente habitado por el sonido de sus zapatillas contra la tarima, por el sonido de su respiración, de sus débiles quejidos por lo esforzado que es tener mil años y hacer soplar el viento, la memoria, el placer. La cortina de gasa se ondula como una serpiente.

La amante durmiente reacciona a esa ola de aire que se mueve en torno a ellos. Todo movimiento nace de allí, de cómo la otra agita la lluvia, la gasa, el humo, la pleamar en torno, el bufido salobre del monzón. Su brazo se eleva, flexible como un junco, la mano busca los rizos de su amante para caer por ellos, cae por el cuello, la clavícula, se desliza muy lentamente por el hombro y antebrazo y costado y cadera y muslo, hasta perderse la mano en algún punto impreciso del raso que los cubre. Los dedos de ella, entonces, son la

lluvia. La lluvia estrellándose sobre la piel del amante. Lejos un carro pasa, una voz anuncia frutas en un idioma amarillo.

Él, el amante de los ojos azules pelo negro, la mira ciego, desde el sueño. Ella es la hacedora de la lluvia sobre él. Ríe. De poder ser eso, lluvia. Y su consecuencia: rosas que le nacen, como bocas monstruosas, fragantes, voraces y frescas, exhaustas. El olor sexual de lo que ella le hace. La mujer mayor, la de los ojos rasgados, también ríe y hace suyas las rosas, ahora son parte del viento de su hechicería, son la basura que lleva el viento. Lo que emboza las alcantarillas y las ranuras de cuerpos y ciudades hasta el grito.

El mar comienza a despertar detrás del muro de los amantes. Comienza su largo azul, la asfixia, el grito nocturno de la mar en la hora en que es hembra. Unos nudillos llaman a la puerta. La amante, dormida, grita como si aún no estuviera de este lado, como si aún tuviese que entrar,

– Sé que está ahí. Ábrame.

La mujer mayor, la de los ojos achinados, cierra el abanico y con los duros cantos golpea. Ha hecho de su abanico un puño y golpea la puerta, su propio pecho, sus propias piernas, su propio suelo, golpea ayudando a la amante dormida.

– Soy yo. Abra.

El largo azul es una lengua, sí, la cortina también es eso, el mar. En manos de la mujer mayor, la de los ojos achinados, se vuelve ese color azul que hace llorar, indomable.

El cuerpo de la amante está en el fondo marino, donde yacen suspendidos los ahogados. Su brazo alzado una y otra vez por la marea del recuerdo, por la tiranía de la mujer mayor que baila fantasmas y espumas. El cuerpo azul de la amante ahogada en el placer y el sueño, estrellándose contra el placer y el sueño de él, cerrado, como un tesoro del que se perdió la cerradura, el nombre.

- Abra. Sé que está ahí. No sé su nombre, pero sé que está ahí. No me haga gritar un nombre que no sé. Soy yo. No me haga llamarme por un nombre que no sé. Que perdí. Soy yo.

En otro lugar del escenario entra una mujer joven con un fantástico traje de noche, muy escotado por el pecho y aún más por la espalda. La mujer joven es blanquísima, tiene la palidez de los que aman. Ese fantástico vestido apenas la cubre haciendo de su desnudez algo más apetecible que el desnudo en sí, es de un color escarlata encendido de brillos por las miles de lentejuelas que están cosidas pacientemente a la tela. Cada lentejuela es extremadamente falsa, una palabra que se pagó a un precio carísimo. Ese vestido ha costado el alma, la ruina, noches en la ruleta rusa apostando la cabeza, la cordura. La mujer es hermosa, sobra decirlo. De una belleza indescifrable. Hecha de un amor total y luego roto. Cubre todo ese esplendor del naufragio con un hermoso maquillaje, tan enigmático como el vestido, que sabe revelar el desnudo sin ser un desnudo humano, animal. Y sin embargo la máscara del maquillaje consigue esa pureza, la que podría tener precisamente eso, un animal, un humano esencial, mediante ese mostrarse en jeroglífico.

La mujer joven, la del vestido rojo, está delante de un micrófono. Uno de esos micrófonos que había en los cabarets de los años treinta. Ciudades coloniales, en Indochina, garitos donde los hombres de negocios van a beber y fumar puros y lucir sus conquistas. Un hombre elegante puede ser todos esos hombres. Dejemos que sea un poco gordo, vestido de blanco, con sombrero. Que entre. Porque la presencia de esa mujer en escarlata convoca el cabaret, la noche, la luz turbia y él, el hombre elegante vestido de blanco, es todo lo que podemos esperar para representar ese mundo. Ese hombre que se sienta de espaldas al otro público, pesadamente, sobre la silla coqueta. Que levanta la mano y con ella se hace la luz y una bebida sobre la mesa. Su bebida que toma y bebe. Se seca el sudor. Es un gesto hipnótico, ese pañuelo blanco sobre el hombre blanco, ese enjugarse el sudor, las lágrimas, pequeños saltos de pichón de paloma el pañuelo, un sudario, una continua prefiguración del adiós. Mientras ella, la mujer escarlata, parece que va a cantar. Pero no; abre la boca, es cierto, pero son las manos las que cantan resbalando por la piel blanquísima de la garganta. Las manos acarician esos brazos desnudos, se acarician entre ellas, acarician ese cuerpo, sus

milímetros de piel y el micrófono recoge ese sonido, tan leve. Esa es la canción. Ella canta así, con la caricia con la entrega del cuerpo.

La mujer del abanico, la de los ojos achinados, la escucha. Ríe. Ríe de placer. Con la risa cambia el movimiento del abanico y con él el movimiento de la gasa humo y lluvia que suavemente, ahora, sí, deja que le toque las arrugas del rostro.

Él, el amante de cabeza griega, el de ojos azules y pelo negro, allá, aplastado de amor en el suelo, también sueña. Levanta su brazo, demasiado poderoso, como el de cualquier hombre. Nadie sabe qué puede pasar cuando un hombre levanta su brazo y con él toda su fuerza. Yo tendría miedo. Ella duerme y no tiene miedo. Ella recuerda y recuerda el miedo y la lluvia de la cortina cae sobre la cara. Ella canta con su piel y muerde el espacio insignificante del miedo, sí muerde, los dientes son parte del desnudo, la mueca fiera del animalito acorralado es parte de la danza. Entonces el hombre, el amante, deja caer ese brazo, la mano en curva como la cresta de la ola, blanquísima, los dedos se enredan en la larga cabellera de ella, la estiran, la pone vertical. Cascada de cabellos hacia las alturas, como en los sueños, invirtiendo la gravedad. A medida que crece la cabellera el amante, durmiente, los ojos cerrados, también ha de ponerse de pie. Así, puesto en pie, la cabellera termina de crecer verticalmente. Le llega hasta la boca. El amante dormido mete los cabos del pelo en su boca. Los muerde. Está ciego, dormido. Tantea, inmóvil, el aire. Mastica el pelo, lentamente. Los dientes son parte del amor, la mueca lasciva del hambriento ante su festín.

La mujer joven, la del vestido rojo, deshace su peinado. Su pelo, larguísimo, cae hacia abajo en una única trenza. Como el hombre, cierra los ojos, simula dormir. Mete la trenza en la boca y mastica, lentamente, su pelo. Ese sonido, también pequeño, es recogido por el micrófono, amplificado. Mueve los brazos, tanteando el aire, como una artista histriónica que expresara con los gestos su canción.

La anciana del abanico grita. Parece que es a ella a quien hacen daño. Que es su pelo el estirado

brutalmente hacia arriba. Que es su cabello el mordisqueado. Que es ella la penetrada en el amor.

El hombre elegante, el deseante, es un funambulista en su silla de espectador, sobre cuatro patas, sobre tres patas, sobre dos patas, sobre una pata, y el pañuelo del deseo y de la muerte del adiós y de la ternura se agita. La cortina se agita. El mar se encarniza contra la pared de los amantes.

Entra la chiquilla arrastrando una silla de despacho. Es de madera noble, oscura, asiento de cuero verde, ruedas. La silla para firmar contratos de muerte, grandes transacciones, donde una palabra cuesta la vida, la cordura. Sin mirar a la mujer mayor, la de los ojos achinados, la chiquilla le acerca la silla. La mujer mayor se deja caer extenuada. Deja, junto a su peso, el grito, el dolor, el placer. Tampoco mira a la chiquilla, pero levanta el abanico, como ofreciéndoselo. La chiquilla lo coge.

Mujer mayor, la de los ojos achinados: Canta.

La chiquilla abre el abanico y se tapa la cara con él. Muy segura avanza hasta proscenio.

La mujer joven, la escarlata, suelta la trenza de su boca, que cae pesada.

El hombre elegante aplaude. Se escuchan los aplausos de un local lleno.

La mujer escarlata se acucilla y apoya la espalda en el respaldo de la silla. La mujer mayor y la escarlata giran como una luna falsa a la que se le hubiera dado cuerda, un juguete precioso y antiguo.

El amante dormido abre el pelo de su amante con las dos manos, lo cruza. Sigue avanzando sujetando el pelo entre los puños. Justo cuando la distancia haría que tirase de ella por el suelo, que la arrastrase, se para.

El hombre elegante deja de aplaudir. Todos los aplausos callan.

En proscenio la chiquilla pliega el abanico. Lo utiliza como si fuese un micrófono.

La Chiquilla: Hace años, cuando yo era una chiquilla, no habría accedido a esta entrevista y, sin embargo,

dese cuenta, era justo en ese momento en que yo necesitaba que me hiciesen las preguntas correctas. Públicamente. Casi como un examen de conciencia. Era en ese momento terrible, cuando yo no tenía exactamente conciencia pero sí deseo, cuando tendría que haber pasado por el calvario de la pregunta, cuando mi obra no estaba hecha, ni presentada, ni soñada, cuando era la protagonista absoluta y animal de esa obra, y me movía por esa obra aún no nacida, ni presentada, como una pantera por su territorio. De todas maneras aquí estoy, ya ve, yo siempre acudo a mis citas, aunque sea con cien años de retraso. Ahora puedo hablar porque he escrito mucho. Todo es ficción, ¿comprende? Yo misma estoy sorprendida de que toda esta ficción estuviese contenida ahí, en esos días. ¿Cómo he sabido liberar todo aquello que estaba pasando y que nadie veía? Porque yo no escribo la memoria, sino el acertijo. Eso creo que ya lo sabía cuando era una chiquilla, antes de estas arrugas de cien años. Que yo escribiría el acertijo, aún sin comprenderlo. La gente que me lee no espera entender exactamente mis libros, se entrega al acertijo. Disculpe, ¿alguien me pidió una canción?

Mujer mayor, la de los ojos achinados: Canta, canta. Tienes el rostro extenuado de placer. Canta.

La Chiquilla: ¡Oh bueno! Me gusta canturrear en la cocina, cuando friego los platos. Entonces me invento pequeñas tonadas. Pienso en la mujer que ayudaba a mi madre con las faenas en casa. Pienso en qué podía cantarle a sus hijos para arrullarlos. Si pienso en ella es más fácil inventar cuatro palabras y una musiquita y así no olvidarla. No olvidar a esa mujer tan pobre que limpiaba la casa de los blancos más pobres. Si me da un plato se lo friego con mucho gusto.

El hombre elegante, alarga el vaso y lo ofrece.

La mujer de rojo se acerca, lo toma, apura el contenido. Luego se sienta en la mesa redonda del hombre. Cruza las piernas con coquetería. Coge la corbata de él y comienza a limpiar el vaso con la corbata mientras canta una tonadilla infantil.

Mujer de rojo:

La chica francesa tiene un pájaro, tiene un pájaro.

En su vestido azul tiene un pájaro, tiene un pájaro.

Cuando corre a la selva el pájaro ríe y escapa, ya ha escapado
y la chica francesa solo tiene un vestido azul sin alas, sin pájaro.

El amante dormido comienza a caminar lentamente arrastrando a la amante por los cabellos. En dirección contraria, La chiquilla entra a La Madre tocando un viejo piano.

La Chiquilla: Ahora van a echar la película. Arréglate el vestido. Hay que estar hermosa para ver lo que pasa.

El hombre elegante, la mujer de rojo, la mujer mayor y la chiquilla se sientan en grupo, como para ver el cine. El grupo forma una diagonal con respecto a la cortina, que es la pantalla, y a la madre que toca el piano. Encima de esta se encienden unas luces de colores que anuncian: Cine Edén. Los amantes siguen su lenta travesía por detrás de la cortina.

Madre loca: Atención a la comedia. La historia comienza en el mar. Hay un trasatlántico. La chiquilla vuelve a Francia. Se despide en el puerto, con lágrimas, de su madre. Yo soy su madre.

La mujer mayor: Mi madre nunca trabajó como pianista en un cine, eso me lo inventé. Era maestra.

La Chiquilla: Todo es ficción. ¡Estoy tan sorprendida! ¡cómo podía estar todo aquello encerrado en la pobreza de aquellos días!

Madre Loca: Durante los primeros años la chiquilla, que ya tiene 18 años y ha de pensar en todo lo que se le viene encima, siente una nostalgia absurda, brutal, de esa madre loca que ha dejado atrás. Yo soy la madre.

La mujer mayor: Sí. Mi madre estaba loca. Esa ingenuidad suya ya era locura.

Madre Loca: Pero ahora estamos en el trasatlántico, que surca los mares lentamente. En la barandilla se apoyan un hombre y una mujer. Ya está todo dicho. Un hombre, una mujer, la barandilla de un barco; ni tan siquiera es importante si es de día o de noche, la luz no importa porque todo está iluminado desde un interior irreal. Quizás conviene saber que el hombre es inglés y sufre y que la mujer es inglesa, y no, no sufre, ya no, lo suyo es otra cosa, peor, no aparece descrita en ningún libro. Por eso mi hija tiene que escribir esas cosas horribles que dice de todo el mundo. Porque es una especie de científica que localiza estados no descritos antes, enfermedades sin diagnóstico, causas mortales relentizadas y cristalizadas en palabras que corren muy deprisa. Mi hija escribe a la fuga. Corre a la selva.

La mujer mayor: Canta.

Mujer de rojo: Mientras friega los platos y hace la cama.

La chiquilla: Hay que escribir con la cama hecha. El orden crea orden.

Madre loca: Escribe a la fuga, corre a la selva, se escapa con su hermano pequeño. Llevan la escopeta y se enfrentarán a todo, a los animales escondidos entre el follaje. Ella tiene miedo pero no importa. Volverá una y otra vez a salir corriendo, arrastrando detrás de ella todas esas palabras hasta hacer un libro.

La amante dormida: (canta)

La chica francesa tiene un pájaro, tiene un pájaro.

En su vestido azul tiene un pájaro, tiene un pájaro.

Cuando corre a la selva el pájaro ríe y escapa, ya ha escapado

y la chica francesa solo tiene un vestido azul sin alas, sin pájaro.

Madre loca: La mujer inglesa canta mientras se apoya en la barandilla. Con eso está dicho todo. Una barandilla, ya se sabe, el abismo. Siempre es lo mismo: llegar a una barandilla. ¿Y quién tiene que llegar? Un hombre, una mujer. En esencia, ¿hay alguien más? Variaciones de un tema. Pueden ser más jóvenes, más viejos. Ella puede ser una chiquilla, una mendiga, una madre loca, puede ser una mujer por la que se suicidó un hombre joven, o una mujer que perdió a su hijo. Variaciones. En esencia es una mujer y un grito. ¿Por qué se grita? Porque aún no se está muerto. ¿Por qué se bebe? Porque Dios no existe. Sin embargo existe el otro, un hombre. Con eso está todo dicho. Siempre es lo mismo. Un hombre que hace beber a una mujer. Beben juntos, hasta más allá de la borrachera, justo en el límite con la barandilla. La ebriedad justo antes del abismo. Variaciones sobre el hombre, puede ser un niño que aprende a tocar el piano mientras su madre lo espera, puede tener los ojos azules, el pelo negro, o ser amarillo, o ser un capitán de barco celoso de los poemas que escribe su mujer, o ser un vicecónsul, ¿qué importa eso, en definitiva? Es un grito y un cuerpo. Ya está todo dicho. Y sin embargo hay que superar la obviedad y en base a esos residuos esenciales construirlo todo de nuevo, la historia, los libros que poco a poco dan vueltas alrededor de la historia que nunca terminará de ser contada.

La chiquilla: Escribir es un infierno.

El hombre elegante: No exagere.

La chiquilla: No exagero.

El hombre elegante: Exagera. Escribir sólo es escribir.

La chiquilla: Se equivoca, pero también tiene razón.

La mujer de rojo: Sssshhhh. Estamos viendo la película, por favor.

La madre: No. La película ya ha acabado. Era una comedia y nadie se ha reído. No han entendido nada. Han gastado su dinero inutilmente.

La mujer de rojo: Pero, si la película ha acabado ¿por qué siguen esos dos caminando dormidos, unidos, dormidos? Al menos podrían poner la palabra fin en alguna parte.

La mujer mayor: Verán, lo de esos dos no tiene remedio. Se veía desde el minuto cero de la película. Si es que un minuto cero puede existir. Yo he sido muy buena en matemáticas por eso me he permitido contar los números incontables, los tiempos que no hay manera de registrarlos. ¿Quieren jugar a las cartas? Juguemos a las cartas, como si hoy fuese una tarde aburrida de domingo.

El hombre elegante, la mujer de rojo, la chiquilla, la madre y la mujer mayor rodean el piano. Utilizan la estrecha parte superior como mesa. Alguien extiende un tapete verde. Barajan cartas, las reparten.

Sólo los dos amantes quedan moviéndose, dormidos por el espacio.

La mujer mayor: Ganan los corazones, pierden las picas.

El hombre elegante: No se juega así.

La mujer mayor: No importa. (Pausa) ¿Importa?

La chiquilla: No.

El hombre elegante: No.

La chiquilla: Tiene mucho dinero para perder. Es hijo de un hombre de negocios chino. Se ha educado en París. Está acostumbrado a divertirse y divertirse supone perder enormes cantidades de dinero.

La mujer mayor: De todas formas nadie asegura que vaya a perder. Puede que lleve tréboles, o diamantes. De hecho lleva diamantes en los dedos. Es un hombre rico. Incluso puede que lleve a la dama de corazones entre las manos. La suerte se reparte ciegamente. Como esos dos. Ciegos. Dormidos. Se veía desde el minuto cero que esto se iba a prolongar más allá de la cinta de celuloide. Imposible detenerlos. Si fuesen actores, aún. Tendrían que marcharse a sus casas, con sus familias. Pero son personajes. Los personajes no descansan. Las personas sí, cambian de trabajo, de amante, incluso mueren. Pero los personajes tienen ciertas obligaciones. Sostienen lo que sus dioses, los hombres, no pueden sostener.

La mujer de rojo: Ella siempre lo seguirá entonces, a su pesar, él la arrastrará para siempre jamás por sus pensamientos...

La mujer mayor: Se equivoca. Es usted una mujer joven y por eso se equivoca. Hay que dejar de ser joven, de ser bella, para no caer en la trampa que llevamos a cuestas. No es ella la arrastrada. Es ella quien empuja al hombre, a su amante. Siempre lo hará moverse, de un lado al otro de la tierra. Él tendrá que acarrear con su recuerdo toda la vida, con el deseo de ella toda la vida. Él trabaja para ella, es su caballo de carga.

El hombre elegante: Una vez una mujer me amó, y me dejó. Me dejó porque me amaba. Me dejó porque todo se estaba volviendo mezquino a nuestro alrededor, las tardes de domingo demasiado provincianas, las cañerías de nuestra casa, sus ruidos asquerosos y acechantes, los restos de la comida en los platos. Nos estábamos convirtiendo en eso, en restos de comida en un plato. Yo la amaba. Y ella me amaba a mí. Pero se escapaba. Intentaba engañarme con otros hombres para preservar nuestro amor. Para que esa

mezquindad de mi pequeño sueldo y de todos esos vecinos haciendo sus guisos y sus gritos en la escalera no contaminase hasta la aniquilación aquello que nos unía. Pero vio que era imposible y entonces, por delicadeza, me dejó. Antes de que fuera monstruoso.

La mujer de rojo: Esa música ya la tengo oída.

La madre: (tocando el piano)

La chica francesa tiene un pájaro, tiene un pájaro.

En su vestido azul tiene un pájaro, tiene un pájaro.

Cuando corre a la selva el pájaro ríe y escapa, ya ha escapado

y la chica francesa solo tiene un vestido azul sin alas, sin pájaro.

La mujer de rojo: Exacta. Una cancioncilla minúscula y exacta.

Mujer mayor: ¿Quién tiene el as de corazones?, ¿alguien?

Todos arrojan sus cartas al tapete.

Mujer mayor: Nadie gana. Eso es. ¿Saben? Aquí falta un sonido.

La mujer de rojo: Yo sé cuál es.

La mujer de rojo enciende la radio. De la radio sale un sonido de un partido de tenis, solo las pelotas rebotando y la respiración de los tenistas.

La mujer de rojo: El sonido de la riqueza.

La chiquilla se tumba en el suelo, apoya la nuca en los brazos doblados, sube las piernas en alto y juega a mirar entre sus pies, abriendo y cerrando los dedos.

La chiquilla: Es reconfortante. Un sonido reconfortante, de hotel, de tardes en el velador, de ricos despreocupados. Me ayuda a imaginar.

La mujer de rojo: ¿A imaginar, qué?

La chiquilla: A imaginarte a tí.

La mujer de rojo ríe.

El hombre elegante: Al fin. La comedia. Tome señora (le da unos billetes a La Madre).

La madre: ¿Lo ve? Al final no tiró su dinero en balde. Mírese. (Lo conduce ante el amante) Es usted hermoso, ¿no cree? Lo suficientemente hermoso para salir en un libro. Quién le iba a decir que gastar unas cuantas rupias en dar de cenar a una chica y en comprarle cuatro monerías le iba a salir tan a cuenta.

El hombre elegante: Usted es la loca, ¿verdad? La que grita a los funcionarios porque le vendieron una concesión podrida.

La madre: Efectivamente. Yo soy la madre.

El hombre elegante: ¿La que construye diques contra el Pacífico?

La madre: Sí. La que parió hijos asesinos. Soy esa privilegiada.

La chiquilla: Una comedia, (ríe) ¿Le gusta mi rostro?

El hombre elegante: Sí. Está extenuado por el placer.

La mujer de rojo: Está devastado. No me importa.

La mujer mayor: No me importa. Hablo de otras mujeres para seguir teniendo el rostro que perdí hace mucho tiempo. El rostro del amor. Como ella. Mírela. Duerme al lado de usted, infinitamente mejorado usted, la muerte y mi pluma es una misma cosa, piadosa, pule las excrecencias de estar vivo. Mientras en las pistas de tenis del hotel se juegan combates terribles, mientras alguien llora, mientras en la despensa descubro la muerte de una mosca y me estremezco, mientras le escribo usted existe y es amado por mujeres mucho más fuertes que yo. Mujeres que han comprado el libro y creen a pie juntillas en su existencia, monsieur. Mujeres que regalan mis libros a sus hombres para que aprendan a ser como usted. ¿No está contento?

El hombre elegante: No quiero pasarme la vida desnudo, dormido, pasando de libro a libro por el mismo sueño inagotable.

La mujer mayor: No puede hacer nada para evitarlo ni tampoco para dejar de desear el querer pararlo. Ahora está en una isla, S.Thala. Él y ella, los dormidos, están en la isla de S. Thala. Es una forma enrevesada de decir Thalasa, como llamaban los griegos al mar. La isla ya es el mar. ¿Comprende? En el mar sólo viven los que se ahogaron. No hay nada que hacer, amigo. Me ahogué y conmigo todos. Demasiado alcohol. Me daban 15 síncope al día. Me curaron, pero no resucité. Nadie vino a sacarme de la tumba. Mi tumba es mi privilegio. La he excavado pacientemente, con palabras he encontrado silencios y los he dinamitado. En mi

tumba no hay paz. Es imposible. Pero hay belleza.

La madre: Marguerite.

La mujer de rojo, la chiquilla, la mujer mayor, el hombre elegante, se voltean como si los hubiese llamado.

Los dos amantes paran su caminata y aguardan, como si les hubieran llamado.

La madre: Afuera te está esperando el coche fúnebre de tu infancia.

Pausa

Los amantes vuelven a ponerse en movimiento. La mujer de rojo se sienta al piano y toca. El hombre elegante se apoya en el piano y se abanica. La Chiquilla empieza a teclear en la gasa que se llena de palabras. La mujer mayor se sienta en la silla de despacho, arrastra las ruedas y se encara a proscenio.

La mujer mayor: Dile que espere. Que se quede encendido en la página catorce. Yo aún tengo muchas cosas que hacer. He de vigilar a los niños mientras patinan en el lago helado. Desde dentro de casa, desde detrás de las ventanas. He de vigilar.

Notas a la escritura de *Marguerite Duras o el deseo*

por Eva Hibernia

La escritura de este texto es una larga incubación que nace, ante todo, de mi fascinación por los libros de la escritora Marguerite Duras. Sus novelas, su teatro, su palabra dada en entrevistas siguen acompañándome. Con cada libro vi desplegarse ante mis ojos una mitología muy personal en la que, a la vez, los lectores pueden sentir una casa que también les es propia. Quien conozca la literatura de Duras se habrá dado cuenta de que hay una genealogía de personajes, de temas y obsesiones, de paisajes incluso, que viajan de un libro a otro. Cuando una amiga dramaturga me propuso participar en el programa internacional “365 Women a Year” vi la oportunidad de que tan maravillosa excusa me obligara a cuajar mi deseo de crear algo nuevo inspirándome en Marguerite. Para quienes no lo sepan este consolidado programa de dramaturgia internacional, fundado desde Estados Unidos por Jessica Eisemberg y Gina Scanlon, es una llamada para que a lo largo de los 365 días de cada año creadoras de todo el mundo escriban sobre otras tantas mujeres a su juicio relevantes en cualquier faceta de la historia.

Esta potente convocatoria de escribir la historia desde lo femenino y la libertad que ofrecía a las creadoras que fuimos seleccionadas, me ayudó a darme el permiso de encontrar, para Duras y su mundo, una forma donde lo mestizo, lo fronterizo, lo raro, ya fuera también fondo, continente y contenido perfectamente acoplados en esa clave musical que es el tono durasiano. Marguerite, que ha sido objeto de tantos análisis y biografías oficiales y no oficiales, tenía una muy particular manera de ficcionar su biografía, de estilizar sus demonios o sus pasiones. El hecho de inspirarme en ella y su obra, lo que, en alguna manera es casi lo mismo, no significa que halla propuesto una dramaturgia de taxidermia y explicación. Muy al contrario, si hay una sensación que recorre la obra durasiana es esa capacidad de asomarse a lo indecible y decirlo por carambola, haciendo

entrechocar deseos. A menudo la voz que narra en la obra durasiana es un yo deseante enmascarado en la tercera persona, una argucia con la que tomar un poco de distancia para poder así desear aún más intensamente, conformando una particular mirada que cae sobre hechos y personajes. Ese deseo insaciable, vestido de máscaras, de voces, de gestos, es, en última instancia, el protagonista y el alma de la obra que ofrezco como tributo a Duras.

Eva Hibernia es dramaturga y directora de escena. Con más de veinte obras publicadas y estrenadas, entre las cuales destacan “Los viejos maestros” (Antígona, Madrid 2018) Informe Titán (Esperpento, Madrid 2017) o La América de Edward Hopper (Proa, Barcelona 2010). Su obra ha merecido el reconocimiento de varios premios, como el Sgae, el Marqués de Bradomín o el Max Revelación por Catalunya y sus montajes han podido verse en teatros como el Español, el Teatre Nacional de Catalunya y en festivales de ámbito nacional e internacional. Autora también de poesía y narrativa, para una panorámica sobre sus actividades profesionales: www.contextoteatral.com/evahibernia, evahibernia.blogspot.com.